

Oliveira de Sousa y Mariana de Lima e Muniz revisan la presencia del teatro del absurdo en la dramaturga brasileña Grace Passo.

Este variado conjunto de trabajos supone un importante aporte al estudio de los jóvenes creadores teatrales, cuyas fructíferas trayectorias son abordadas desde diferentes ángulos, para así, evitando los sesgos, proponer la más completa visión posible de su emergente teatro. Si bien los diversos asedios examinan la joven dramaturgia española, concentrándose también en la que se desarrolla en las diferentes comunidades autónomas (Cataluña, Asturias, Galicia, Andalucía) que conforman España, no dejan de lado la que se viene gestando allende sus fronteras (Francia, Italia, Brasil), dentro de la que se incluye el teatro de quienes apostaron por la emigración (Generación Erasmus). Asimismo, como en anteriores actas del SELITEN@T, la voz de los dramaturgos convive con la de los críticos y en más de un caso las dos coinciden, ya que estos jóvenes autores presentan un perfil poliédrico, inmerso completamente en el ámbito teatral. En sus diferentes trayectorias, junto con la dramaturgia, conviven la interpretación, la dirección, la docencia, la traducción y, por supuesto, la crítica; de ahí que no solo compartan su visión personal de la dramaturgia, sino que también analicen crítica-

mente aspectos de su propia obra, así como de la de sus compañeros de generación. Por todo ello, estas nuevas actas del SELITEN@T no solo consiguen llenar un vacío dentro de los estudios del teatro más reciente, sino que, gracias al carácter heterogéneo y la elevada calidad de los aportes que las conforman, se convierten en una invitación a aproximarse a la rica, sugestiva y renovadora obra de sus más jóvenes exponentes.

José Elías Gutiérrez Meza

Universidad de Heidelberg

(ALEMANIA)

eliasgutierrezmeza@gmail.com

Serulnikov, Sergio

Revolution in the Andes: The Age of Túpac Amaru. Trad. David Frye. Durham-London: Duke University Press, 2013. XVI + 159 pp. (ISBN: 987-0-8223-5483-3)

Este libro de Sergio Serulnikov presenta una documentada investigación histórica que sirve para comprender el origen e impacto de dos movimientos revolucionarios, de liderazgo predominantemente indígena, en contra del dominio colonial español en los primeros años de la década de 1780. En la región del sur peruano, desde el Cuzco hasta el lago Titicaca, el cacique cuzqueño José Gabriel Condorcanqui inició su rebelión después de

proclamarse a sí mismo como Túpac Amaru II, en homenaje a la sangre indígena heredada de su antepasado Túpac Amaru I, último rey Inca que resistió a los españoles y fue ejecutado en 1572. Paralelamente, en la zona del Alto Perú, territorio actual de Bolivia, el indígena Tomás Katari se puso al frente de un levantamiento que buscaba reducir los excesivos impuestos a los bienes de consumo (“alcabalas”), incrementados por la puesta en práctica de las reformas borbónicas del rey Carlos III, y protestar contra el inhumano y forzado trabajo de los indios en las minas de Potosí, conocido como la institución de la “mita”. Estos dos nombres configuran el germen de las rebeliones tupamaristas y kataristas, de las que Serulnikov se ocupa con detalle en su estudio, trazando puntos de contacto y también divergencias entre las mismas. En términos de la identidad de los líderes, Túpac Amaru era un cacique de provincia, mestizo, educado y bilingüe (quechua-español); mientras que Katari era un indio aymara sin ningún linaje respetable, que no hablaba español y pagaba tributo como cualquier poblador común.

Este breve pero sustancioso volumen se divide en 17 secciones que tratan diversos aspectos de las dos insurrecciones, proporcionando datos de índole política, social, racial y laboral que conforman un completo

mosaico de las tensiones entre las clases dominantes y subordinadas en las últimas décadas del período colonial. En este sentido, se enfatiza la pérdida de legitimidad de los caciques, gobernantes que tradicionalmente provenían de las élites indígenas y que ocupaban los cargos por derechos hereditarios, costumbre que fue anulada en el siglo XVIII, al nombrar caciques de origen mestizo. Esta situación, además de promover la dispersión de la población indígena, produjo disputas motivadas por intereses económicos. Un punto importante que desató la rebelión fue los problemas con el reparto de mercancías ejercido por los corregidores, gobernantes de la Corona, y que consistía en forzar a los indios a comprar productos, muchas veces inútiles, a precios más elevados que los del mercado. Los encargados de la recolección de pagos fueron los caciques, lo cual produjo una baja drástica en el nivel de su popularidad, ya que no era raro que entablaran alianzas ilegales con los corregidores, quienes eran los encargados de nombrarlos, muchas veces arbitrariamente y sin respetar la tradición.

El caso de la rebelión de Túpac Amaru resulta complejo ya que revela las divisiones jerárquicas al interior de la llamada “república de indios”. Debido a que la aristocracia noble cuzqueña gozó de beneficios durante

la colonia, Túpac Amaru no consiguió un apoyo significativo en este sector; así, varios caciques permanecieron fieles a la Corona durante el levantamiento. Un ejemplo notable es el de Mateo Pumacahua, quien lideró un ejército de indios en contra de las fuerzas tupamaristas. Además, el mismo Túpac Amaru era visto como un cacique menor, quien había tenido que librar una batalla legal en Lima para demostrar su descendencia incaica. Si bien es cierto que la rebelión se planteaba como un movimiento para desterrar los abusos de los corregidores, los historiadores no han llegado a determinar con exactitud si las verdaderas intenciones de los rebeldes eran separatistas, o si buscaban una reforma en el manejo político pero manteniendo la sujeción a la metrópoli. Puede ser por esta indecisión que los mismos criollos (personas de origen peninsular nacidos en las colonias), quienes se habían visto afectados por la preferencia de Carlos III a designar gobernantes españoles en el virreinato del Perú, tampoco se sumaron decididamente a la causa rebelde. Para complicar las cosas, la falta de capacitación de las fuerzas indígenas en el uso de armas de fuego, así como la falta de apoyo total de los mismos indígenas, alarmados por el miedo a perderlo todo si la rebelión fracasaba, dificultó el triunfo de la insurrección. El golpe letal contra

las tropas tupamaristas se comienza a gestar en febrero de 1781 cuando llega al Cuzco el visitador general del Reino, José Antonio de Areche. Favorecido por la falta de unidad de la rebelión, Areche ofrece perdón a los indígenas levantados en armas si es que se pasaban al bando realista. En abril del mismo año Túpac Amaru, junto con su esposa Micaela Bastidas y sus dos hijos, son capturados y ejecutados brutalmente. Sin embargo algunos leales toman la posta y continúan la rebelión desplazándose al sur del país.

La rebelión boliviana de Tomás Katari también coincidía en expresar un problema con las reglas del cacicazgo. Katari pretendía implantar un método de nombramiento de caciques basado en el mérito y no en derechos de linaje o herencia. Su pedido tuvo eco y varias regiones se sumaron a la rebelión. La violencia se radicalizó y elementos del clero se convirtieron también en blanco de los ataques. En el fuego cruzado de los enfrentamientos, Katari es asesinado el 8 de enero de 1781. Sus hermanos Dámaso y Nicolás toman su lugar en el liderazgo. En este momento surge un fenómeno crucial para entender los paralelismos entre las rebeliones tupamaristas y kataristas. Las élites criollas, desplazadas de los mejores cargos administrativos, se unen a la rebelión en la región de Oruro,

manifestando su adhesión a la ideología neo-incaica de Túpac Amaru. Este grupo de “criollos tupamaristas” contó con el apoyo de los indígenas de la zona, cuya hostilidad hacia las injusticias de los españoles era marcada. Sin embargo, esta posibilidad de materializar una revolución cohesionada, compuesta por elementos criollos e indígenas, no sobrevivió por mucho tiempo, debido a conflictos aparentemente irreconciliables. Los criollos ven con recelo el nuevo poder ganado por los indios, quienes ya empezaban a reclamar los derechos de propiedad sobre las tierras. Esto, lógicamente, no fue permitido por los criollos, quienes prefirieron deshacer la alianza, regresar al bando realista y restablecer el orden previo. Los mismos indios, motivados por la ley de arrepentimiento y por el temor de perder las escasas tierras que les servían de sustento vital, traicionaron y denunciaron a los rebeldes. Como trágico corolario, los hermanos Katari son ajusticiados en Chuquisaca en abril y mayo de 1781.

A pesar de las crueles ejecuciones de los dos líderes, cuyos cuerpos desmembrados eran exhibidos en lugares estratégicos como ejemplo de castigo, las acciones violentas continuaron en el Alto Perú, donde los rebeldes intentaron tomar La Paz, centro comercial importante de la época. En esta coyuntura histórica

irrumpe la figura heroica de Túpac Katari (simbiosis entre Túpac Amaru y Tomás Katari). El nombre real de este personaje era Julián Apaza, un viajero comerciante de coca y, al igual que Katari, hablante de aymara. El primer sitio a La Paz se convirtió en el más devastador ataque indígena a una población hispana en los Andes: después de 109 días de combate, cerca de 10 000 habitantes murieron. En los dos asedios a La Paz confluyeron fuerzas de los bandos tupamaristas y kataristas. Esto, si bien es cierto fue un punto a favor de la cohesión de la fuerza insurreccional, también produjo tensiones con respecto al liderazgo, el aymara Túpac Katari tuvo rencillas con Andrés Túpac Amaru, conductor del bando tupamarista. Finalmente estas tensiones, sumadas a la reorganización del ejército realista que se reforzó y demostró su superioridad, llevaron a la capitulación de las fuerzas tupamaristas, primero, y a la captura y posterior ejecución de Túpac Katari.

Las consecuencias de la rebelión tupamarista fueron cruciales para el posterior desarrollo de las relaciones sociales en las colonias. Si hasta antes de la insurrección los indios habían estado agrupados en una república, aunque inferior a la república de españoles; después de la violencia sus privilegios fueron suspendidos y toda representación histórica vinculada al

tiempo de los Incas fue erradicada, como, por ejemplo, la prohibición de leer los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega. Los caciques, cuyos abusos fueron el motivo de arranque de la rebelión, vieron diezmado su poder como una fuerza tradicional indígena, y debieron más bien hispanizarse si es que querían continuar ocupando un puesto destacado en la organización política virreinal. En esta línea, Serulnikov finaliza su trabajo con una brillante y muy actual conclusión: a pesar de que la revolución tupamarista estuvo fundada en una sólida tradición cultural nativista, y a pesar de que básicamente buscaba moldear el orden político imperante desde su propia perspectiva, lo cual atrajo la simpatía de algunos sectores criollos y mestizos, el hecho de que el movimiento estuviera liderado por un descendiente de los Incas le restó eficacia e impidió su triunfo. Para reforzar esta idea, desde un punto de vista contrario, se relata el caso del cacique de filiación realista Mateo Pumacahua, antiguo enemigo de Túpac Amaru, a quien un grupo de criollos recurrió, en 1809, para que les ayudase en sus afanes independentistas en el contexto de la ocupación napoleónica a la península Ibérica. Pumacahua aceptó pero esto hizo aflorar el recelo de los criollos, quienes no soportaron ver a un indígena participando activamente

en el destino de las futuras repúblicas independientes. Este episodio plantea la interrogante de hasta qué punto las elites gobernantes, generalmente criollas, si bien están dispuestas a glorificar el pasado prehispánico en sus discursos, cederían el manejo del rumbo político de sus países a individuos de procedencia indígena.

Chrystian Zegarra
Colgate University (HAMILTON,
NEW YORK)
czegarra@colgate.edu

Sierra, Juan Carlos, ed.

La Generación del 50 para niños y jóvenes.
Ilustraciones de Juan Pedro Esteban Nicolás. Madrid: Ediciones de la Torre, 2013.
245, pp. (ISBN: 978-84-7960-391-5)

Sin querer entrar en puntillistas cuestiones terminológicas o de historiografía literaria, sí es verdad que siempre resulta controvertido el término “generación”, por extremadamente biologicista, y mucho más en poesía, que requiere aclaraciones que intenten reparar el daño al que se somete al resto de autores que se quedan fuera de la *nomina poetarum*. En realidad, ya se sabe, en literatura, y más concretamente en poesía, se usa el concepto “generación” como sinécdoque *pars pro toto*, esto es la parte por el todo, con lo que se comete una